

No está probada la tesis del antisemitismo

COMO se sabe, la institución folklórica del «judas» tiene —o tuvo hasta ayer— vigencia en gran parte de la geografía española, peninsular al menos.

Eso sí, aparece de manera intermitente, de pueblo en pueblo, y con modalidades muy específicas en cada caso. Lo fundamental de todos los «judas» reside en las calendas: el festejo se guarda para los primeros días de la Pascua de Resurrección.

Autoridades en materia etnográfica, como Julio Caro Baroja, no han llegado a determinar el origen de esta tradición. Tampoco están en condiciones de afirmar taxativamente su carácter antisemítico, que podría presumirse. Ciertamente que el Pero-Palo, fiesta de Villanueva de la Vera (Cáceres), parece remontar su origen a un verdadero proceso contra elementos judíos o judaizantes. Por lo que al «judas» se refiere, esto constituye una hipótesis. Y si en lo más remoto de su filiación histórica lográramos demostrar, al través, cierta animosidad contra los judíos —cosa, insistimos, por demás difícil—, ella ha sido desvanecida con el curso del tiempo, hasta el punto de que significaría a estas alturas o bien el afán de prescribir el pecado de la traición, o bien un impulso atávico, relacionado con el culto al fuego, en el comienzo de la estación primavera.

En cuanto a la segunda de las hipótesis, me limitaré —para quien desee mejor ilustración— a recomendar el libro «La rama dorada», de sir James G. Frazer, editado en México por el Fondo de Cultura Económica. El investigador toma allí, de muy diversas latitudes europeas, ejemplos múltiples, bajo un denominador común en que alinea la costumbre de quemar muñecos «personificados»; entre ellos, el «judas». En Francia, Inglaterra, Alemania, Países Bajos, Escandinavia, etcétera, existen o han existido manifestaciones paralelas en ese sentido. Unas, asociadas cronológicamente al Carnaval; otras, a la Pascua de Resurrección o al día primero de mayo.

(En un pueblo de Navarra, Lanz, cada Miércoles de Ceniza llevan a la hoguera a un pelele, el Miel Otxin, figuración de un bandido que en el pasado aterró a aquella comarca. Lo que se conmemora en Lanz es el prendimiento y la subsiguiente incineración del famoso bandolero. Es como si todo el pueblo quisiera aniquilar el miedo a la maldad o a las fuerzas destructivas.)

Acerca de la quema de hombres y animales en la hoguera, dice Frazer: «... La simulación de quemar personas es llevada tan lejos en ocasiones, que pensamos razonable



El «judas» de Sabero (León).

LA INSTITUCION FOLKLORICA DEL «JUDAS»

considerarla como una supervivencia mitigada de una vieja costumbre de quemarlas de verdad».

Hasta e incluso en el siglo XVIII, eran frecuentes las ejecuciones inquisitoriales en efígie de reos en fuga o ya fallecidos. J. Caro Baroja cita numerosos casos en su magnífico libro «Los judíos...». A la obra de Felipe Torroba B. de Quirós, «Los judíos españoles», pertenece este párrafo: «En Sevilla (siglo XV), los conversos tenían relaciones de parentesco con la nobleza local y cierta influencia política. El municipio elevó una queja afirmando que en la ciudad, donde se estableció el primer Tribunal inquisitorial y el primer quemadero, no era necesario. El resultado fue que tuvieron que huir a millares; entre ellos, el duque de Cádiz, cuya esposa era judía, y los cabecillas condenados a morir en la hoguera, siendo muchos víctimas de delaciones, como el padre de la Susona. El quemadero fue donado por un rico judío llamado Mesa, quien fue quemado allí mismo al descubrirse que era marrano». (Hago la cita, bien que al margen de la cuestión principal, porque entiendo que el final de Mesa prefigura en cierto modo la triste ironía de los crematorios nazis, donde los judíos eran utilizados como sayones de sus propios correligionarios.)

Para estudiosos como Pilar García de Diego (artículos en «Revista de Dialectología y Costumbres Populares»), la quema del «judas» sería un «auto de fe público, con el que se castiga la alevosía de la traición». Judas Iscariote encarna, para los pueblos cristianos, la antonomasia de la traición. La misma autora se refiere a los procesos que tenían lugar en la capital y otros puntos de la provincia de Burgos (Torresandino, Castrillo del Val, Lerma, Villadiego...). Recuerda un folleto de 1878, por medio del cual se convocaba a la «Célebre función de Judas Iscariote: su prendimiento, presentación al Tribunal, pregón de azotamiento, sermón, acusación, defensa, sentencia y ejecución, capaz de hacer reír a un muerto». Participaba en la fiesta una gran comparsa, tropas de Caballería e Infantería y un Tribunal revestido de todos los atributos de la magistratura. Por otra parte, todavía en 1919, los acogidos en la Casa de Caridad de Barcelona, con motivo de la fiesta del Aleluya, quemaban un «judas» —éste, con atuendos de corte aproximadamente bíblico—, que llevaba la típica bolsa monedera y un rótulo que rezaba: «Por traidor». No olvidemos que el Pero-Palo extremeño queda sujeto a juicio «por delito de traición».

Yo mismo, hará unos doce años, vi suspendido un «judas» en lo más céntrico de Estella. Estella fue en largos períodos albergue de una

florecente judería, con todas las consecuencias históricas que recordarse pueden. Ya puestos a aventuras, quién sabe si la influencia de los (judíos) conversos no alentó nuestra costumbre. La conducta de los convertidos en punto a ostentación cristiana, debió de ser muy chocante, tal era el fervor con que hubieron de aplicarse a su nueva profesión religiosa.

Resulta también curiosa una celebración exclusivamente judía, mantenida en muchos «ghettos». Es el *purim*, cuyo arranque se halla en la victoria de los fieles a Jehová, y gracias a la mediación de Esther, frente a la orden de matanza decretada por Amán cuando Asuero imperaba en Persia. El episodio lo relata el Antiguo Testamento, y es de sobra conocido para repetirlo aquí.

En muchas comunidades hebreas norteafricanas son los niños quienes, preferentemente en las escuelas, rememoran el hecho de varias formas. Pintan sobre los pupitres un monigote que representa a Amán, y lo apalean hasta borrarlo; asimismo queman peleles con idéntica intención. Organizan gran bulla, dan voces de «¡Maldito, Amán!» y «¡Bendito, Mardoqueo!», maldicen a cuantos se consideran enemigos y hacen sonar matracas. Tal expresión no deja de asemejarse a los Oficios de «Tinieblas» que la Iglesia católica hacía en ocasión de la Semana Santa, cuando la chiquillería —apagada la última vela del tenebrario— armaba un enorme estrépito a base de carracas y matracas. No cabe duda de que el *purim* hebraico, lejos de presentarse desvirtuado, como en los supuestos del «judas», anima todavía un propósito ritual definido: ultrajar la memoria del perseguidor Amán, pionero del «pogrom» contra el Pueblo Elegido.

Y hechas estas aproximaciones casi perifrásticas a tan sugestivo exponente folklórico, vayamos a la casuística actual, sin perder nunca de vista la presencia, prácticamente general, de los «judas» en este país. Por traer algunos modelos, sólo de tipo muy similar al que describiremos con detalle, digamos que su quema la realizan en casi todos los partidos judiciales de Guadalajara: Sigüenza, Cogolludo, Cifuentes y Brihuega, aunque no en la totalidad de los respectivos pueblos.

Saberó es villa leonesa, situada junto al río Esla, perteneciente a hasta hace poco partido de Riaño. Allí se cuelga al «judas», muñeco antropomorfo cuya apariencia «personal» queda al albedrío de la mocedad, según los vaivenes del sarcasmo popular. La tradición no está escrita; por eso, un año amaneció ahorcado, en medio de la carretera, un «clérigo» portador de una maleta con la inscripción siguiente: «El último jesuita en marcha»,

y otra vez, un minero —el valle saberense es cuenca hullera—, perfectamente equipado para el trabajo, «suicida» que asustó a más de un forastero.

El ceremonial de la costumbre principia con la reunión de una o varias pandillas de mozalbetes, conforme a afinidades o rivalidades, las cuales, en vísperas del Sábado Santo, arramban por doquier las materias para una suculenta cena y la elaboración del muñeco. Tiempo atrás, llegado el caso, ordeñaban a hurtadillas la leche con que preparar una buena chocolatada. Como aderezo imprescindible del «judas» figuraba siempre un collar de cáscaras de huevo; a ser posible, sisado en gallinero ajeno.

Pertrechados de todo, los grupos se dan cita en torno a la lumbrera después de la medianoche del Sábado pascual. Antaño, el «judas» más rumboso lo hacían en la plaza del Cantón, al lado de la que fue primera Casa-Ayuntamiento saberense. Y proceden al ágape, en tanto que los más habilidosos infunden aspecto humano al monigote: ropas viejas rellenas de hierba seca.

Al amanecer, la gente madrugadora encuentra —antes, en sitio muy preciso de la localidad; ahora, en cualquiera— al «judas» ahorcado, balanceándose téticamente. A mediodía, los niños comienzan a lapidarlo, mientras corean el estribillo:

**Judas Iscariote,
metido en un bote,
tapao con harina,
¡palos encima!**

Por la tarde, o puede que al día siguiente, es descolgado el muñeco y arrastrado. Finalmente, con mayor o menor ritual, se le arroja a la pira. «Et finis coronat opus».

En pueblos aledaños a Sabero han sucedido casas muy chuscas a propósito del festejo. Cierta vez, en Aieje, un vecino apodado «Digamos» se comprometió —a cambio de un garrafón de vino— a «colgarse» para hacerse pasar por «judas». Dicen que estuvo acertado en el papel... hasta que los chavales la emprendieron a pedradas. En Felechas —hace no sé cuánto—, los mozos habían caracterizado al pelele de guardia de Asalto, o algo así. Muy de mañana, la juventud de otro lugar vecino, Grandoso, donde no se estila la costumbre, se lo robaron. Aquel día llegaba a Felechas una nutrida comisión de la capital, porque inauguraban nueva iglesia. Los visitantes, como era de esperar, quedaron patidifusos ante el «show». Acto continuo, los expoliados de Felechas empapelarían judicialmente a sus vecinos de Grandoso por apropiación indebida. Pero, en definitiva, el acontecer folklórico de aquellos contornos quedaba enriquecido. ■ GONZALO GARCIVAL.



Rumania, país latino, le espera en cualquier época

- Las playas doradas del Mar Negro: Mamaia, Saturn, Eforie.
- Delta del Danubio, fantástico imperio de las aguas y los pájaros.
- Turismo y alpinismo en los montes CARPATOS.
- Monasterios e iglesias, con pinturas en el exterior, de 5 siglos de antigüedad.
- Auténtico folklore, monumentos medievales y modernos.
- Curas en Balnearios.
- Tratamientos geriátricos.

Rumania le ofrece:

- Hoteles confortables, night-clubs y casinos.
- La calidad de su cocina y sus vinos.
- Carreteras modernas y despejadas.
- Numerosas excursiones al interior del país y al extranjero.
- Rent-a-car, Carpati.
- Visado de entrada en los puntos fronterizos. Estancias a todos los precios.

Información en su Agencia de Viajes o en la Representación Consular y Comercial de la República Socialista de Rumania, Avda. Alfonso XIII, n.º 157, Madrid (16). Tels. 259 08 20 / 457 97 49